

en cualquier rincón, lejos de la antipática sociedad.

Dos meses permaneció en el hotel Watson elaborando su proyecto, y el cuadro le resultaba muy bello.

Partió, al fin, en busca de Phil, empleado en una plantación de té cuyo nombre era difícilísimo de pronunciar.

Le encontró al cabo de un mes, porque la plantación no estaba en el distrito de Darjiling, sino muy cerca de Kangra.

Garron se conmovió poco, y Dunmaya fué muy buena para ella.

La vergüenza y el pecado de esto están en que Phil, que no se merece á ninguna de las dos, era y es amado por Dunmaya, y más todavía que amado, adorado por Agnes, que parece reconcentra en él toda su vida.

Y lo peor de todo estriba en que Dunmaya está haciendo de él un hombre decente, y, gracias al tratamiento que emplea, acabará por evitar su perdición.

Cosa evidentemente injusta.



WRESSLEY

Todo por su amor lo hice
y ella ¡falsa! me olvidó.
Libré á Dumeny; di muerte
al jefe del Tarrant Moss,
aun cuando por ellos tuve
provecho y reputación.
¡Cuánto lamento el fracaso!
Di el rudo golpe en honor
de aquella que me engañaba;
no de los hombres del Moss.

(Tarrant Moss.)

UNA de las muchas desgracias de nuestra vida en la India es la falta de atmósfera para la pintura. Las medias tintas no pueden tomarse en cuenta: apenas existen.

Los hombres se destacan en crudo, descarnados, sin matices que les rebajen ó eleven. Trabajan, concluyendo por creer que no hay nada más que su trabajo ni nada que á ese trabajo se iguale, y que ellos son realmente

los ejes sobre que gira toda la administración.

He aquí un ejemplo de estas opiniones. Un escribiente mestizo estaba encargado de ciertas formalidades en la Pagaduría, y un día me dijo:

—¿Sabe usted lo que sucedería si yo añadiera ó quitara una sola línea de esta hoja?

Y con aire de conspirador añadió:

—Se desorganizarían los pagos del Tesoro, en toda la jurisdicción del Círculo Presidencial.—¡Medite usted en ello!

Si los hombres no abrigaran estas ilusiones respecto á la importancia capital de sus propias obras, supongo que acabarían por suicidarse: pero tales debilidades fastidian, sobre todo si el que las oye es reo del mismo pecado.

La secretaría, por su parte, cree que procede bien cuando á un empleado del ejecutivo, recargado de trabajo, le pide que haga un censo de los gorgojos del trigo en un distrito de cinco millas cuadradas.

En otro tiempo servía en el Departamento de Negocios Extranjeros un hombre que había consumido la mitad de su vida en él, y era corriente oír decir á los empleados más

modernos y menos respetuosos que le juzgaban capaz de relatar al revés, mientras dormía, el libro de Aitchison *Tratados y contratos de donación*.

Lo que este hombre lograba con sus acumulados conocimientos, sólo el secretario lo sabía y, naturalmente, no iba á publicarlo.

El nombre del empleado era Wressley y había entonces un *Schibboleth* (1) en Sinla que afirmaba que Wressley conocía más que ningún ser viviente todo lo que relacionaba con los Estados Centrales de la India: el que no participaba de esta opinión era considerado como hombre corto de alcances.

En nuestros días, hallar quien se jacte de conocer los misterios de la vida íntima de las tribus establecidas más allá de la frontera, es cosa corriente; pero en los tiempos á que vengo haciendo referencia, se miraban con mucha atención los Estados Centrales; se les llamaba *focos*, *factores* y otras cosas no menos imponentes que éstas.

(1) Se designa con este nombre á los que no pueden pronunciar la *ch*, recordando lo ocurrido en las guerras entre galaaditas y ephrateos, de que habla el *Libro de los Jueces*, capítulo XII.—(N. del T.)

¡Las maldiciones de la vida en la India agobian mucho!

¡Cuando Wressley alzaba la voz tronando contra tal ó cual error, el Departamento de Negocios Extranjeros enmudecía! Sólo los jefes de negociado se permitían repetir las dos últimas palabras de sus juicios, acogiéndoles con un ¡Sí...! ¡sí...! y creyendo que de esa suerte ayudaban al Imperio á hacer frente á contingencias políticas muy serias.

En las mayores empresas uno ó dos hombres lo hacen todo, mientras los demás, sentados cerca de ellos, charlan y charlan hasta que la cosa está madura y á punto de poder comérsela.

Unicamente Wressley trabajaba en la oficina de Negocios Extranjeros, y si advertían en él signos de flaqueza, entonces, para mantener sus energías y á fin de que pudiera cumplir *sus* deberes, los jefes le elogiaban grandemente, poniendo por las nubes su compañerismo.

No necesitaba adulaciones porque era de buena pasta; mas las que recibía le afirmaban en su creencia de que nada era tan absoluta é imperativamente necesario para la conser-

vación de la India como Wressley, el *hombre* del Departamento de Negocios Extranjeros.

Acaso hubiera otros de valía; pero el más conocido, más ensalzado y que más confianza inspiraba era él.

Había en aquel entonces un Virrey que sabía amansar á los grandes y animar á los chicos, manteniendo así bien niveladas las filas. Este Virrey hizo llegar hasta Wressley la opinión que tenía formada de él, que era la de todos, á pesar de que los hombres están hechos de tal forma que los elogios de un Virrey les descomponen, como aconteció una vez que ahora no viene á cuento.

Toda la India conocía á Wressley de nombre y sabía que estaba empleado en el Directorio de Thacker y Spink, pero escasamente cincuenta personas le conocían personalmente ó se preocupaban de lo que hacía y de sus especiales méritos.

El trabajo le absorbía de tal modo, que no tenía tiempo de cultivar más amistades que las de los árboles genealógicos de los difuntos *Ragput* (1) en cuyos escudos había manchas

(1) Hijos de reyes.—(N. del T.)

de Ahir (1). Wressley habría sido un buen ayudante del colegio de heráldica si no hubiera tenido la desgracia de ser un bengalés del orden civil.

Un día, durante el tiempo que abandonaba la oficina para irse á almorzar, una tremenda perturbación se apoderó de él, le avasalló, le entonteció, le dejó estático, como si se tratara de un chico de la escuela.

Contra toda razón, con loca imprudencia, por verla un solo instante, se enamoró de una muchacha rubia y frívola que acostumbraba á correr por el paseo de Sinla en un potro listado, noble y fogoso, llevando una gorra de terciopelo azul, igual á la de los *jockeys*, encasquetada hasta los ojos.

Se llamaba la chica Tillie Venner; era deliciosa, y se apoderó del corazón de Wressley al galope corto.

El alma del Departamento de Negocios Extranjeros comprendió al verla que no le conviene á un hombre vivir solo, aun cuando tenga en los cajones, para hacerle compañía, la mitad del archivo de su oficina.

(1) Vaquero indio.—(N. del T.)

Todo Sinla se rió al saber la noticia, porque Wressley enamorado resultaba algo ridículo.

El hombre hizo cuanto pudo porque la joven se interesase por él, ó, mejor dicho, por sus trabajos, y ella, con la maña de las mujeres, se esforzó en aparecer entusiasmada con lo que, á espaldas de su amante, llamaba los *gajahs* de Mr. Wressley: ¡la chica pronunciaba las erres de un modo encantador!

Tillie no entendía una jota de todo aquello, pero hacía como si lo entendiera. ¡Cuántos hombres se han casado víctimas de errores como el de Wressley!

La Providencia, sin embargo, protegía al empleado, que estaba verdaderamente atónito al ver la inteligencia de Miss Venner.

Más se hubiera asombrado todavía de haber oído las observaciones privadas y confidenciales de la joven respecto á las visitas que le hacía.

Wressley tenía unas ideas particulares acerca del modo de galantear á las muchachas: decía que el hombre debe poner á los pies de ellas, en forma reverente, los mejores productos de su ingenio y de su carrera.

Si no estoy equivocado, Ruskin ha escrito algo parecido á esto en alguna parte: pero en la vida ordinaria algunos besos son la mejor medicina y ahorran tiempo.

Un mes después de haberle entregado el corazón á Miss Venner y cuando, como consecuencia natural de esto, trabajaba más activamente que nunca, la idea de escribir *El Gobierno indígena en la India Central* surgió en su cerebro y le llenó de júbilo. Esto debía ser, según el plan que había trazado, una gran cosa; la obra de su vida, el más real y más comprensivo examen del asunto más interesante, escrito con todo el conocimiento especial y sabiamente adquirido por él en el Departamento de Negocios Extranjeros. Un regalo digno de una emperatriz.

Pensando en ello, dijo á Miss Venner que iba á pedir una licencia, y que, á su regreso, esperaba traerle un presente proporcionado al mérito de ella.

¿Le esperaría? Ciertamente: Wressley ganaba mil setecientas rupias al mes, y *por eso* se puede esperar un año. Además, la madre de la joven le ayudaría á que esperara.

En vista de esto, el empleado obtuvo licen-

cia por un año, y con todos los documentos de importancia que pudo coger rellenoó un baúl y partió para la India Central, abrasada la cabeza con su gigantesco pensamiento.

Empezó la obra en el país que trataba de describir.

El despacho de tanta correspondencia oficial habíale convertido en un trabajador frío, insulso, helado, y no vió que hacía falta en su paleta la brillante luz del espléndido color local, color que los simples aficionados no pueden manejar sin peligro.

¡Dios mío, cuánto trabajó! Cogió á los Rajahs, los estudió á través de las nieblas del tiempo, y aun más allá de esas nieblas, con sus mujeres y sus concubinas; trazó fechas y contrafechas, genealogías dobles y triples; comparó, anotó, enlazó, mezcló, ensartó, ordenó, seleccionó, dedujo, hizo calendarios y les deshizo durante diez horas al día, y por méritos de la inesperada y nueva luz del amor que le iluminaba, convirtió á su antojo aquellos huesos ya calcinados de la historia y aquellos asquerosos recuerdos de crímenes, en cosas propias para llorar ó para reir.

Su corazón y su alma estaban en los pun-

tos de la pluma y penetraban con ella en el fondo del tintero.

Durante doscientos treinta días, con sus respectivas noches, se vió dotado de una penetración tal con sus personajes; de una clarividencia, de un humorismo y de un estilo, que su libro fué todo un libro.

Puede decirse que había depositado hasta la última esencia de sus vastos conocimientos en él; pero la poesía, el tejido apropiado para despertar el sentimiento humano, son ajenos á todo conocimiento especial!

Dudo mucho de que si Wressley hubiera soñado entonces la recompensa que le esperaba, hubiera visto morir sus ilusiones: trabajaba no por él sino por Tillie Venner.

Frecuentemente los hombres realizan sus mejores y más ignoradas obras en beneficio ajeno.

Además, y aunque esto nada tenga que ver con el presente cuento, en la India, donde todos nos conocemos, se puede ver á los hombres, arrastrados fuera de las filas por las mujeres que les dominan y enviados á buscárselas solos como puedan.

El hombre juicioso, una vez que ha parti-

do, sigue adelante; pero el de poco valer, tan pronto como la mujer deja de interesarse en sus éxitos y de considerarles como un tributo rendido al poder que ella ejerce, ingresa de nuevo en la filas y ya no vuelve á hablarse de él.

Werssley regresó á Sinla cargado con el primer ejemplar de su libro, y ruborizándose y tartamudeando se le presentó á Miss Venner. La joven leyó algunas páginas, y he aquí su *juicio verbal*:

—¡Oh! ¡el libro de usted...! ¡el libro...! Todo él se refiere á aquellos *hogibles Gajahs*. No lo he entendido.

El pobre autor se quedó hecho pedazos, triturado—no exagero—ante la frivolidad de aquella muchacha, y todo lo que con voz muy débil pudo decir, fué:

—Pero esta es mi *magnum opus*, el trabajo de toda mi vida.

Miss Venner, que no sabía lo que significaba *magnum opus*, sabía, en cambio, que el capitán Kerrington había sido el vencedor en tres carreras durante la última Gymkhana (1).

(1) Nombre dado á una reunión para carreras de caballos.—(N. del T.)

Wressley no pidió ya que le aguardase por más tiempo. Tenía el hombre bastante sentido común para no llegar á tanto.

La reacción vino, después de las tensiones de un año, y el empleado volvió á su oficina y á sus *Gajahs*, á sus compilaciones, á sus anuncios, y á sus informes escritos, que hubieran sido caros, dando por ellos trescientas rupias al mes.

Se atuvo á la crítica de Miss Tillie Venner, lo cual prueba que la inspiración creadora del libro era puramente transitoria é independiente de la voluntad.

Sin embargo, no tenía derecho á arrojar en uno de los pantanos de la montaña cinco enormes cajones traídos, con grandes gastos, desde Bombay y llenos del mejor libro de la historia de la India que se haya escrito jamás.

Cuando algunos años después y antes de retirarse hizo almoneda, estaba yo revolviendo su biblioteca y, por casualidad, tropecé con el único ejemplar que había de *El Gobierno indígena de la India Central*; el mismo que Miss Venner no pudo entender.

Estuve leyendo en él, sentado sobre un baúl de piel de mula, hasta que la luz se extinguió, y

entonces le dije que pidiese por el libro lo que quisiera.

Leyó por encima de mi hombro algunas páginas, y como hablando consigo, dijo tristemente:

—¿Cómo demonios pude yo escribir una cosa tan buena!

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—Tómele usted y guárdele. Forje uno de sus cuentecillos sobre el origen de ese libro. Acaso, acaso, no se escribió más que para darle á usted asunto para un cuento!

Recordando lo que Wressley había sido en otro tiempo, aquella frase me conmovió, creyéndola la más amarga que un autor haya podido emplear al juzgar sus propias obras.

